

SEGUNDA PARTE.

—

LA INTERVENCIÓN.

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
CALLE DE LA UNIVERSIDAD 1111
VALPARAISO

VERACRUZ.

Llegada de la Escuadra española.—Aspecto de la población.—Incendio de la "María Concepción."—Traición de un súbdito español.—Llegada de los Comisionados del Gobierno de España.—Resultado.—Obsequio del comercio á los oficiales de la guarnición.—Entusiasmo para salir á la campaña.—Abandono de la ciudad y de la fortaleza de Ulúa por las tropas del Gobierno.—Ocupación de las mismas por los españoles.—Los primeros traidores.

I

VAMOS á trazar el último cuadro relativo á nuestra querida Veracruz: á imprimir la postrera plumada de esa grandiosa época de incesante lucha, que cavó el sepulcro al partido clérico-conservador, aplazando para cinco años más tarde colocar la lápida mortuoria que debía cerrarlo para siempre, é inscribiendo sobre ella, con caracteres de sangre, este terrible pero merecido epitafio que compendia toda su historia:

"Fratricida y traidor."

Vamos, en fin, siquiera á rápidos bosquejos, á presentar al pueblo veracruzano bajo otro aspecto que no lo honra menos que cuantos han señalado su vida pública: bajo el punto de vista del verdadero patriotismo, probando que, así como liberal combatió contra la reacción, lamentándose de tener que luchar en guerra fratricida, y como mexicano combatió como

bueno en 1838 y 1847 contra las fuerzas de la Francia de Luis Felipe, y contra las huestes del General Scott, en 1861, cuando la Nación vió venirle encima la más injustificable y punible guerra de parte de tres potencias á las que siempre trató como amigas, y con dolorido acento llamó en su auxilio á sus buenos hijos, supo abandonar sin pena ni dolor, con abnegación y entusiasmo, familia, hogar, comodidades, bienestar, fortuna, porvenir; todo, en fin, lo que para el hombre importa una afección, para cumplir lejos del suelo natal los deberes de hombres libres y de patriotas ciudadanos.

La traición y la codicia, y la venganza de hechos imaginarios unos, é inmotivados otros; la sed de conquistas imposibles en el siglo XIX; y sobre todo el derecho de la fuerza bruta llamaban airadas é insultantes á las puertas del territorio mexicano; y el patriotismo, la lealtad y el honor respondieron al llamamiento: se nos arrojaba la manopla de hierro de la Edad Media, y la recogíamos sin altanería pero con orgullo, para lanzárselas al rostro y abofetearlas hasta sacarles los colores de la vergüenza.

Comencemos el relato del primer paso dado por el autócrata francés para realizar la última empresa soñada por su delirante fantasía, de pretender que "en sus dominios no se pusiera el sol," cuando el sol de su impotente grandeza comenzaba á declinar hacia su ocaso, toda vez que, al lanzar su cetro contra Juárez en México, fué á despedazarse entre las manos de Guillermo I en Sedan.

II

La ciudad de Veracruz, llena ya de vida y animación después que la campaña contra los defensores del "derecho divino" había terminado, presentaba el día 8 de Diciembre de 1861 un aspecto triste, luctuoso; parecía que sus moradores presentían algo inesperado, algo extraordinario que los preocupaba. Desde luego podía asegurarse que en esa intranqui-

lidad que se revelaba en todos, no tomaba parte el fuerte viento del Norte que soplabá desde dos días antes acompañado de incesante y tupida lluvia: el furor de los vientos y la bravura del mar son familiares á los veracruzanos, y lejos de consternarse con los mugidos del uno ó el encrespamiento del otro, les sirve de distracción. Hacen poco aprecio del sulfuramiento de Neptuno ó de las embestidas de Noto ó de Eolo, de Bóreas ó de Aquilón, porque todos ellos han mecido su cuna durante la niñez.

El cielo, sin embargo, se había despejado algo hacia las once de la mañana, aun cuando negros nubarrones presagiaban que la titánica lucha sólo estaba aplazada; pero así y todo, á eso de las doce, un sol amarillento y como avergonzado, vino á caer sobre los edificios, iluminando la ciudad y diafanizando un tanto el horizonte, lo suficiente para que la vista se extendiera hasta perderse en su propia inmensidad.

Poco más de media hora habría transcurrido, cuando el telégrafo de señales de Ulúa marcó sucesivamente una, dos, tres, cuatro y hasta ocho velas, al Sur, comenzando á destacarse como desfomados dibujos, á lo lejos, á donde apenas la vista natural podía alcanzar, otros tantos buques que poco á poco fueron tomando sus proporciones naturales: entonces pudo reconocerse clara y distintamente que eran de guerra; y aunque todavía no daban bandera, los inteligentes que habían ido al muelle seguidos de innumerable gente del pueblo, declararon que pertenecían á las fuerzas marítimas de España. Los buques hacían rumbo á Antón Lizardo, y pasaron cerca de la vetusta fortaleza, la cual no pudo reconocerlos antes á causa del pluvioso velo que se interponía entre ella y los inesperados huéspedes, quienes después de más de trescientos años, venían, insensatos, en busea de las huellas, borradas por una reñida lucha de once años, que marcó en suelo mexicano el paso de D. Hernando el Conquistador.

Las campanas del muelle y del Palacio Municipal repitieron el toque de *vela*, señalando "escuadra á la vista," y la

multitud se lanzó á las calles y á las azoteas á pesar del viento y de la lluvia, porque el acontecimiento era tan inesperado, como desconocido su origen, y deseaba adquirir noticias sobre el particular. Sobre todo, la circunstancia de saberse que la escuadra española, violentó los ánimos, reviviendo odios y rencores suscitados por los peninsulares, que durante la guerra de Reforma habían tomado una parte tan activa como funesta del lado de la Reacción; siendo aventureros la mayor parte, otros comerciantes quebrados, fraudulentamente convertidos en guerrilleros á las órdenes de frailes ó de curas carlistas, fueron feroces soldados en las filas de Zumalacarregui ó de Cabrera, y reservaron el último tiro de sus carabinas para venir á México á dispararlo contra la libertad de los que odiaban la cruz que mata y la hostia que envenena; ó bien hacerse jefes de bandoleros que campeaban por su cuenta á la sombra de la religión, habiendo sido extraídos de cárceles y galeras, aquende y allende los mares.

No es, pues, de extrañarse que entre los españoles, antiguos vecinos de Veracruz, hubiera cierta ansiedad al ver llegar una escuadra inesperada que portaba el pabellón ibero; y aunque no faltaron entre ellos bastantes que con tal motivo se permitieran ver á los mexicanos con cierto desprecio irritante, siendo pagados con la misma moneda, también hubo muchos que, honrados y justicieros, tuvieron á mal aquella presunta agresión que hasta cierto punto los comprometía terriblemente. Vivían felices y tranquilos al amparo de nuestras leyes, poseían familia mexicana, y á la vez que honraban la patria de sus esposas é hijos, honraban también á la madre patria, á la patria de sus antepasados. Así se explica que mexicanos y españoles, después de la llegada de la escuadra, conservaran una actitud de reserva no exenta de desconfianza, que sin embargo á todos admiró, porque en aquellas circunstancias, esa agresión escandalosa, ese atentado inaudito, ese acto de filibusterismo procedente de una nación ilustra-

da, pudo determinar un conflicto que hubiera sido desastroso para unos y para otros.

El pueblo que ya sospechaba algo desde que días antes, y por orden del Gobierno había comenzado á desartillarse la fortaleza de Ulúa y los baluartes de la ciudad, internando los cañones para fortificar violentamente las formidables crestas del "Chiquihuite" y del "Puente Nacional" en los caminos de Jalapa y Orizaba, creyó firmemente confirmar sus sospechas con el gran acontecimiento del día, y se retiró á sus hogares después de haber visto desaparecer tras el promontorio de los "Hornos" el tope del mástil del último buque que se abrigó en la rada de "Antón Lizardo," haciendo comentarios, y persuadiéndose de que quizás no estaba lejano el día en que nuevamente correría la sangre de mexicanos y españoles en el mismo territorio donde medio siglo antes combatieron tenaz y valientemente, para sostener cada uno los derechos que creían tener. Los veracruzanos se aprestaban ahora, como en aquella época lo habían hecho sus antepasados, para luchar por la Independencia y por la Libertad de la patria; y para probar á monarcas insolentes cuán difícil es imponer el yugo de los tiranos á los pueblos verdaderamente libres.

III

En efecto, sólo muy pocas personas podían apreciar en su verdadero valor la llegada de aquella escuadra.

El Gobierno Constitucional, á raíz del triunfo de Calpulálpam, revivió en todas las ciudades de importancia la antigua sociedad de "Amigos del País," cuyo título nos releva de hacer detallada historia de su objeto.

En la de Veracruz, de la cual era presidente el Jefe político del Cantón, D. Albino Carballo y Ortegat, figuraban como miembros de ella honorables comerciantes extranjeros, excepción hecha de los de origen español, que no aceptaron

el encargo porque en su mayor parte se manifestaban hostiles á la causa de la Constitución y de la Reforma.

En el último tercio del mes de Noviembre anterior había anclado en "Sacrificios" un buque de alto bordo, perteneciente á la marina de guerra inglesa, á lo cual nadie dió importancia, por ser esto muy frecuente en los puertos en todas épocas; y menos importancia se le dió á que en el siguiente día el Comandante de dicho buque pasara á la ciudad é hiciera una visita al Sr. H....., rico comerciante inglés, con más de veinticinco ó treinta años de vecindad en Veracruz, donde era muy querido por las relevantes prendas que lo adornaban y por las repetidas pruebas de amor y deferencia hacia México, en más de una vez demostrados.

El Sr. H..... era uno de los miembros de la sociedad de "Amigos del País," y tres días más tarde, cuando la fragata de guerra se había hecho al mar, solicitó del Presidente de ella que tuviera lugar una sesión extraordinaria: el Sr. Carballo citó en efecto, y la sesión tuvo lugar esa misma noche. Lo que el Sr. H..... comunicó bajo confianza se puede deducir, si se tiene en cuenta que al día siguiente un miembro de la asociación partió para México, por acuerdo de la Junta, en comisión cerca del Gobierno; y que éste dispuso que en el acto se desartillara la fortaleza de Ulúa y la plaza, confiándose la operación á los Jefes de artillería Paz y García José Juan, á la vez que los Comandantes Díaz Aragón y Berna, y los Capitanes del Paso y Palomino, de la propia arma, marchaban para el "Chiquihuite" y el "Puente Nacional" seguidos de una parte del presidio militar escoltado por los granaderos del batallón Guardia Nacional de infantería de Veracruz, comenzando desde luego á fortificar las terribles gargantas que defienden los caminos de Jalapa y de Orizaba.

Más aún: el General Llave, electo Gobernador del Estado por la muerte del Coronel Zamora, se trasladó á Veracruz en los últimos días de Noviembre, y el 7 de Diciembre, es decir, veinticuatro horas antes de la llegada de la escuadra es-

pañola, llegó también al puerto el General D. José López Uruga, seguido de su brillante Estado Mayor, nombrado por el Supremo Gobierno Jefe del Ejército de Oriente.

IV

El aspecto que la ciudad presentaba después del día 8, era por cierto bien distinto del de los días anteriores: ya no más preguntas curiosas, ni inciertas contestaciones: las gentes, en las primeras horas de la mañana, volvieron á ocupar torres, miradores y azoteas para ver desde lejos los buques de guerra, á pesar del norte que continuaba soplando algo más suave que la víspera, y luego, ya en las calles, ya dentro del hogar doméstico, seguían los comentarios.

La incógnita estaba despejada.

La historia de la "Convención Tripartita" se refería en público, y todos sabían á qué atenerse.

Ibamos á tener guerra, y guerra con tres poderosas naciones del viejo continente. Nuestras armas se medirían con las de los soldados de Africa, de Inkerman y de Sebastopol, y presidirían el desigual duelo el león de Castilla, el leopardo británico y el águila de Francia.

Había, pues, lo suficiente para estar orgullosos, porque el águila mexicana que en 1821 y en 1838, en Veracruz y en Ulúa, se había sobrepuesto á las flores de lis de Luis Felipe y al león castellano, iba á hacer frente, después de muchos años, á los vencedores de las tribus marroquíes y de los soldados del Czar de las Rusias.

En los cuarteles, en los baluartes, en el muelle, en la fortaleza, lo mismo que en las oficinas del Gobierno y del Estado, el movimiento era extraordinario. A cada momento partidas de paisanos, riendo, cantando, alegres y contentos, bajo el mando de algún oficial, se veían transitar en dirección á la Comisaría, y regresar momentos después más alegres y más contentos á este ó al otro cuartel, y á poco rato aparecer cruzado el pecho por el correaje y con un fusil en la mano, yen-

do á su casa para limpiar el arma y disponer los arreos que la Nación le daba para ir á combatir por su integridad é independencia.

Eran los *voluntarios* que se daban de *alta* en los cuerpos de la guarnición, y que habían ido á la Comisaría para ser *pasados por cajas*.

Las hojalaterías y las talabarterías no cesaban de trabajar día y noche; y enormes *calderos* para el rancho, ó *platos* y *carmañolas* para la tropa, obstruían el despacho de las primeras, en tanto que en las segundas, sillas, albardones, correas, guarniciones, portafusiles, fajillas, etc., etc., se despachaban sin trega, ya á Ulúa, ya á los depósitos de la plaza, para ser repartidos oportunamente. En las mercerías se notaba movimiento inusitado: todos y cada uno se proveían de lo que pudiera hacerles falta para *salir*; y en el Palacio, residencia del Gobernador La Llave y del General en Jefe Uruga, las oficinas no descansaban comunicando órdenes, despachando correos ó inventariando archivos, para estar expeditos para cuando *llegara la hora*. La distancia entre la plaza y la fortaleza era recorrida incesantemente por embarcaciones que, ó conducían reemplazos á los cuerpos que allí había ó traían las enormes piezas de artillería para, en unión de las que se habían desmontado en los baluartes y los pertrechos de guerra que á toda prisa se enfardelaban en la Maestranza y en los repuestos, remitirlas al "Puente Nacional," y al "Chiquihuite," á "Corral Firme," á Jalapa, y á Perote, para comenzar á levantar las fortificaciones que debían determinar los campamentos de la 1ª y 2ª Divisiones del Ejército de Oriente.

No eran las mujeres las menos entusiastas, y se disponían á seguir á sus *hombres* para correr con ellos la suerte que tuvieran; y las familias acomodadas comenzaron desde luego á abandonar la plaza para establecerse en Jalapa, porque, dignas hijas de Veracruz, no querían presenciar la profanación del suelo que las vió nacer, asentando su atrevida planta el invasor extranjero.

Las partidas de carros, las recuas, los hatajos que accidentalmente se encontraban en la ciudad ó en sus cercanías, fueron embargados para sacar todo el material con oportunidad, y los trenes del ferrocarril de Medellín y de la línea inglesa fueron apercebidos de estar dispuestos á primera orden para conducir las tropas hasta el lugar donde llegaban en sus viajes periódicos.

Los oficiales que estaban gozando licencia se incorporaron á sus cuerpos, y se redobló la vigilancia durante las noches, no obstante que el viento norte hacía casi imposible una sorpresa á la plaza, por cuya razón se había dejado en los baluartes de "Santiago" y de "Concepción," lo mismo que en Ulúa, los cañones necesarios que se sacarían á última hora.

Muchos jóvenes, antiguos oficiales de Guardia Nacional que no estaban ya en servicio, y otros que habían servido en la Reacción, pero que al llamamiento del enemigo se acordaron que antes que todo eran veracruzanos, yendo al frente de ellos el Coronel Juan Noriega, el Teniente Coronel Rafael González Páez y el Mayor Francisco Redonet, se presentaron á los Generales Uruga y Llave pidiendo el permiso para formar un nuevo batallón de infantería; y como no era posible negar tan patriótica petición, concedida que les fué, comenzaron á reunir voluntarios para "Rifleros del Estado," cuyo primer sargento fué el artesano D. Bibiano Urdapilleta, honrado y laborioso carpintero, entusiasta y patriota, que alcanzó el grado de Teniente de infantería para cortar su carrera militar con la pérdida de su vida en el asalto de Tuxpam, tres años después, siempre cumpliendo con su deber.

Aún quedan restos de ese cuerpo que tanto se distinguió en el sitio de Puebla en 1863; y de aquellos jóvenes oficiales viven todavía José B. Cueto, Joaquín Llave, Francisco Avellaneda, Guillermo y Julio Vélez, Juan Miguelena, Gabriel Cotera, y quizás algún otro que, si lee estas páginas, recordará con gusto aquellos tiempos en que en Veracruz todos se